

Euskal Herria en los libros de viajes

(The Basque Country in the travelling books)

Martínez Salazar, Ángel
Eusko Ikaskuntza, 41
01005 Vitoria-Gasteiz

BIBLID [0212-7016 (1996), 41: 2; 559-572]

Los extranjeros que han escrito sobre Euskal Herria son incontables: pertenecen a diversos países, todas las épocas, edades, condiciones... Nos han dejado impresiones sobre sus gentes y su idiosincrasia, el paisaje y la lengua, las costumbres... En los escritos de Navagiero, Swinburne, Humboldt, Gautier, etc., podemos encontrar algunas claves de la imagen que estos perspicaces viajeros se formaron del país de los vascos. Wilhelm von Humboldt, además, es uno de los primeros en dar una imagen cabal de Vasconia toda.

Palabras Clave: Viajeros. Descripciones.

Ezin konta ahal dira Euskal Herriaz idatzi duten kanpotarrak: herrialde, adin, egoera... askotakoak. Bertako jendeaz eta izaeraz, paisaiaz eta hizkuntzaz, ohiturez... idatzi dute. Navagiero, Swinburne, Humboldt, Gautier eta halako-en idatzietan, bidaiari zorrotz haiek euskaldunen herrialdeaz zuten irudiaren gakoa aurki dezakegu. Wilhelm von Humboldt, gainera, lehenetarikoa izan zen Euskal Herri osoaren bidezko irudia ematerakoan.

Giltz-Hitzak: Bidaiariak. Deskripzioak.

Les étrangers qui ont écrit sur Euskal Herria sont innombrables: Ils appartiennent à divers pays, à toutes les époques, âges, conditions... Ils nous ont laissé leurs impressions sur les gens d'Euskal Herria et leur idiosyncrasie, le paysage et la langue, les coutumes... Dans les écrits de Navagiero, Swinburne, Humboldt, Gautier, etc., nous pouvons nous faire une idée de l'image que ces voyageurs perspicaces se faisaient du pays des basques. Wilhelm von Humboldt, de plus, est l'un des premiers à donner une image totale du Pays Basque.

Mots Clés: Voyageurs. Descriptions.

I. EL VIAJE Y LA VIDA

Desde la composición de la *Odisea*, diversos autores han percibido una analogía entre el viaje y la vida. De todas las posibles estructuras de una obra de creación, la del viaje es probablemente la más común. El río, la mar, el camino..., se convierten en imágenes de cambio, del tiempo, del progreso. La isla, la casa, la posada..., en imágenes de reposo, de llegada, de descubrimiento. Son estancias y fines. En casi todas las buenas obras literarias, el viajero que llegaba no era el mismo que salía.

En el curso de su viaje se operaba una gran transformación, se encontraba con “la verdad” sobre sí mismo; sobre la sociedad, o bien experimentaba un desengaño o una revelación... Sin embargo, aunque el viaje es una constante en la literatura, hay ciertas épocas –más de las que caben en los manuales de la historia como disciplina– en que parece recobrar mayor relieve.

Por ejemplo, toda la época de “descubrimiento” y colonización –y conquista– a lo largo de los siglos dieciséis a dieciocho es sumamente rica en viajes maravillosos a través de los cuales algunos de sus autores también proyectaban sus críticas y sus ideales sociales¹.

En la *Utopía* de Moro, en *Los viajes de Gulliver*, en el *Telémaco* de Fenelón y en muchísimas obras, el europeo cultivado contemplaba la imagen grotesca de su sociedad y veía al mismo tiempo la imagen de una sociedad mejor. Igual importancia ha tenido el viaje en nuestra literatura, en la que siempre se ha servido de la estructura homológica de una búsqueda de identidad.

A menudo se dice que los viajes ilustran. En esta frase está implícita la suposición de que la experiencia en tierras extranjeras ofrece a las personas sensibles y receptivas una mayor cultura y refinamiento. Por buena que parezca, en teoría, esta creencia es esencialmente un concepto moderno, y rara vez –como he tenido ocasión de comprobar en mis estudios americanistas– influyó sobre los viajeros que se aventuraron a cruzar la mar oceánica hasta el Nuevo Mundo, y al llegar a su interior extraño y con frecuencia aterrador, durante la poco más de tres centurias de régimen colonial.

Tampoco fue una suerte de romántico amor a la aventura el que les empujó a regiones remotas, puesto que los rigores de los viajes por tierra y por mar, con la permanente inminencia de la muerte, requerían de un valor estoico y de una filosofía fatalista.

Resulta obvio que los atractivos primordiales para correr tan graves riesgos los constituían el engañoso sueño de una pronta riqueza, una suerte de Eldorado o Jauja personal, una posición de poder con todas las gratificaciones que conlleva, y la esperanza de un pronto retorno al solar natal para poder disfrutar de los tesoros adquiridos.

II. EL PAIS DE LOS VASCOS

Los viajeros extranjeros que han escrito sobre Euskal Herria son incontables: pertenecen a diversos países, todas las épocas, edades y condiciones. Su impresión, por fortuna, no siempre coincide. Mientras unos se limitan a repetir tópicos e imágenes sesgadas, otros pretenden dar una visión más objetiva. Muchos de ellos han utilizado su estancia, más o menos prolongada, como mero pretexto literario. Las obras de la señora d'Aulnoy o de

1. Cfr. *Historiografía indiana* de Francisco Esteve Barba. Gredos. Madrid, 1992, 754 pp.

Théophile Gautier, por ejemplo, pueden deslumbrarnos debido a la perspicacia de sus intuiciones o por el vigor y la gracia de su estilo, pero creer en la exactitud y veracidad de todos los datos que nos proporcionan sería de una credulidad excesiva.

Ya don Adolfo Mentaberry, en sus *Impresiones de un viaje a la China* (1876), nos recordaba que la costumbre inveterada de los viajeros que vuelven de remotos países es «contar maravillas, aventuras fantásticas, usos extraordinarios y casos fenomenales que han contemplado o saben por referencia», confiando tal vez en que:

*El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.*

Hay un tipo de textos –diarios, memorias, apuntes de viaje– que merecen la atención y su aprovechamiento como fuente de documentación del historiador o del etnógrafo, puesto que suministran un nutrido caudal de preciosas y, a veces, muy precisas noticias. A menudo son testimonios sin pretensiones estilísticas, pero aportan un cúmulo de datos que se pretende sean fidedignos y lo más ajustados posibles.

Estos relatos, tanto reales como imaginarios, constituyen un «género simpático» –en acertada expresión de Justo Gárate– que se remonta a la Antigüedad, pero que presenta elementos peculiares en cada período histórico. Así, J. B. Labat, en la primera mitad del siglo XVIII, advierte que su relación había de ser «necesariamente verídica» pues algunas regiones eran tan conocidas que no se podía engañar a nadie. Para muchos cruzar los Pirineos gozaba de un atractivo especial y de enorme fascinación.

Varios acontecimientos contribuyeron de forma decisiva a poner de actualidad toda la Península, como la guerra de Sucesión que hizo surgir en los europeos el deseo de conocer el marco del conflicto y, debido, al cambio de dinastía, atrajo una miríada de viajeros: funcionarios, diplomáticos, comerciantes, peregrinos o simples curiosos. Posteriormente, la invasión napoleónica y las guerras carlistas permitieron también a muchos occidentales conocer un hermoso rincón del viejo continente: el país de los vascos.

Los libros de viaje están sujetos a una retórica casi común en la que, sin embargo, sus autores se permiten ciertas, aunque mínimas, alteraciones. Es el propio redactor quien ofrece sus personales puntos de vista para que sean tomados en cuenta. Las descripciones de Euskal Herria siguen dos ejes principales: 1) El que atravesaba el paso de San Adrián –la ruta preferida hasta mediados del siglo XVIII, luego sustituida por la carretera de Arlabán y el ferrocarril– y llegaba hasta Miranda de Ebro. 2) La cornisa Cantábrica hasta Bilbao; y, en menor medida, la ruta navarra que enlazaba con Aragón y La Rioja.

Desde el medievo las actuales Comunidades Autónomas del País Vasco y Navarra fueron obligado “lugar de paso” que conducía a Santiago de Compostela, a la Corte e incluso Portugal y el norte de África; no debe olvidarse la vía directa París-Madrid. Es a partir del siglo XIX cuando se perfilan como punto de destino y empiezan a difundirse nítidamente algunas de sus peculiaridades y características.

Además de los itinerarios de postas, quien cruzaba los Pirineos necesitaba guías que le informaran sobre la riqueza monumental o sobre las costumbres, así como su geografía y otros datos útiles. La escasez de obras era grande hasta mediados del siglo XVIII, y quien venía se veía obligado a usar frecuentemente escritos foráneos, como los de Juan Álvarez de Colmenar. También usaba las relaciones de anteriores viajeros, algunas de las cuales eran apócrifas y se habían realizado resumiendo diversas fuentes bibliográficas

(John Talbot Dillon utiliza informaciones prestadas de William Bowles y Antonio Ponz). Con frecuencia, esos escritos daban ocasión a nuevas obras en las que se copiaba a los predecesores: reiterando una y otra vez los mismos lugares comunes, que se convertían así en estereotipos aceptados.

Los viajeros llegaban frecuentemente no sólo con ideas preconcebidas, sino también con la actitud de quien espera observar pueblos atrasados. Para los que procedían de culturas protestantes y ciertos enciclopedistas, las diversas regiones ibéricas representaban ejemplos de súbditos sometidos al despotismo de la corona, a la superstición y al fanatismo eclesiástico... En definitiva, sociedades de costumbres poco desarrolladas. Con sus críticas trataban generalmente de intervenir en el debate intelectual de sus lugares de origen, más que mostrar una malquerencia hacia las tierras visitadas.

Una característica esencial del viajero, a partir del siglo XVIII, es su preocupación por la fidelidad y su curiosidad universal. Veracidad que no rehuye el uso de testimonios ajenos, siempre que estén debidamente reseñados: «la máxima constante de un relato fiel que da sus viajes al público –escribe Labat– debe ser no decir más que lo que ha visto por sí mismo; y cuando está obligado a informar de alguna cosa por el testimonio de otro, debe citar a aquellos de quienes lo ha sabido».

El apresuramiento, las repeticiones y los juicios poco favorables de otros europeos fueron motivo de acres censuras por los ilustrados españoles durante la segunda mitad del siglo. Antonio Ponz, a su regreso de una larga temporada en Italia, decidió acometer un largo viaje para estudiar las riquezas artísticas del país, espoleado para ello por la publicación del *Viaje* (1755) de Norberto Caimo, con el fin de impugnar o matizar algunas afirmaciones que en él se hacían.

El Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saber que hay en ella fue publicado a partir de 1772; volúmenes de los que pronto se hicieron reimpressiones y traducciones. En el primer tomo, Ponz se detiene en Vitoria, Bergara, S. Juan de Luz y Baiona. Dedicó especial atención a las obras artísticas y es un hito importante en la crítica del barroco y en la difusión del gusto neoclásico. Pero el autor, impregnado de una mentalidad ilustrada, observa también diversos aspectos, de carácter socioeconómico y cultural.

Este texto tiene su precedente en nuestros libros *Historias de una ciudad. Vitoria en los libros de viajes*, y *Aquellos ojos extraños. Euskal Herria en los libros de viajes*², pero no pretende ser un mero homenaje al género y hemos intentado contribuir con un estilo propio y aportaciones inéditas.

2. Editados por Txertoa (San Sebastián, 1994) y Papeles de Zabalandia (Vitoria-Gasteiz, 1995) respectivamente. Deben consultarse asimismo: Eneko Mitxelena (Justo Gárate). *Viajeros extranjeros en Vasconia*. Ekin. Buenos Aires, 1942. La segunda edición ampliada es de 1989; José María Iribarren. *Vitoria y los viajeros del siglo romántico*. Caja de Ahorros de Vitoria. Vitoria, 1950; Julio-César Santoyo. *Viajeros por Álava (siglos XV a XVIII)*. Caja de Ahorros de Vitoria. Vitoria, 1972.

No son abundantes los estudios de conjunto sobre los libros de viaje por Euskal Herria. Deben citarse las obras de Fausto Arocena, *El País Vasco visto desde fuera* (San Sebastián, 1949); Ferdinand Barbe, *Essai d'une bibliographie de Bayonne et de ses environs*; Justo Gárate, "Una ojeada sobre relatos de viaje por Vasconia". *BISS*, t. XVII, Vitoria, 1973, pp. 219-260). Así como diversos escritos de Ramón Berraondo (Martín de Anguizar), Jaime del Burgo, Enrique Ortiz de Latierro...

III. EL VIAJERO DIECIOCHESCO

El viajero dieciochesco proporciona al lector una gran caudal informativo acerca de temas variados y sus juicios o apreciaciones guardan en muchos casos, por ejemplo en su análisis de la «decadencia», un notable paralelismo con los reflejados en obras como los diarios de Gaspar Melchor de Jovellanos. Frente al viajero «romántico», que parece negarse a ver la realidad y buscar a toda costa la confirmación de una imagen forjada de antemano, el «ilustrado» alterna errores evidentes y juicios sesgados con análisis profundos y bien fundamentados.

Desde mediados del siglo XVIII asistimos a la aparición de un nuevo tipo de viajero. La preocupación por recoger información práctica y cierta obsesión enciclopédica ceden paso a un mayor interés por nuevos elementos, lo personal adquiere primacía sobre lo colectivo, el suscitar placer o determinadas emociones sobre educar e instruir. El relato, antecedentes aparte, aparece propiamente en el cosmos de las letras del viejo continente bailando de la mano de la empujadora Razón. La máxima horaciana, «instruir deleitando», estará presente en buena parte de las narraciones.

De las relaciones de estos personajes resultan apreciables las que se efectuaron en el último tercio del siglo XVIII, realizadas por autores que en algunos casos residieron largas temporadas y que generalmente lanzaron una mirada llena de simpatía hacia las reformas que los ilustrados estaban introduciendo, sin por ello dejar de criticar lúcidamente grandes problemas pendientes. Los viajes de Joseph Baretti, Henry Swinburne, Friedrich Gottthelf Baumgärtner o Jean François Bourgoing, se cuentan entre los más interesantes.

Después de un dilatado paréntesis en que Europa y España habían vivido casi de espaldas, la afluencia de extranjeros que cruzan los Pirineos experimenta un inusitado incremento desde los albores del siglo XIX, originado por factores diversos entre los que cabe destacar los enfrentamientos bélicos y el triunfo del movimiento romántico. En efecto, empujados por la dinámica de los acontecimientos históricos –invasión napoleónica, guerra de la Independencia, llegada de los Cien Mil hijos de San Luis, guerras carlistas, etc...–, miríadas de personas recorrieron el País Vasco y Navarra. Siguiendo una secuencia cronológica, parece posible llegar a establecer grupos definidos, de tal manera que a cada tramo temporal correspondería un conjunto de relatos que contienen a planteamientos relativamente homogéneos. Podrían distinguirse así –las fechas corresponden al año del viaje– los siguientes:

a) Viajes realizados antes de 1808. Constituyen una prolongación de los escritos por los ilustrados en la centuria precedente. En ellos, el viaje es la culminación de un proyecto científicamente planeado y se procura que los resultados aparezcan expuestos de modo objetivo, lo que no impide que sus autores emitan opiniones derivadas de aceptar planteamientos no siempre contrastados. Estos itinerarios han sido proyectados con una finalidad concreta, como un medio para conocer mejor los lugares visitados mediante el inventario pormenorizado de sus aspectos económicos, sociológicos, culturales, lingüísticos, artísticos...

Dejando a un lado a los viajeros menos importantes, que sólo aportan referencias literarias o de pasada, nos salen al encuentro los dos interesantes viajes de W. von Humboldt. La actividad intelectual de Alexandre Louis Joseph de Laborde se centró en los estudios artísticos y en la descripción de rutas; del conjunto de sus escritos destacan su *Itinéraire descriptif de L'Espagne* y el *Voyage pittoresque et historique en Espagne* que constituirán auténticas guías de los centenares de personas que cruzaban los Pirineos.

b) Los escritos por extranjeros –civiles o militares– venidos con ocasión de la Guerra de la Independencia. Sus autores, salvo el caso poco frecuente de individualidades con nocio-

nes del idioma, con libertad de movimientos y contactos personales, suelen tener un limitado conocimiento de la realidad. Sin embargo no por ello están desprovistos de interés. Pueden citarse los viajes de lord Blayney (1811), M. S. Blaze, Joseph M. Sherer, E. H. Locker (1813), John T. Jones. E incluso, algunos lustros después, Giuseppe Pecchio (1821), Michael J. Quin (1823), J. Adolphe Blanqui (1826), etc.

c) Libros de viajeros “románticos”. Redactados, en su mayor parte, durante el segundo cuarto de siglo, pertenecen a este grupo verdaderas obras maestras del género (como las cartas de Prosper Mérimée...). Son los escritos con mayor desenfado, los que más han influido en la creación y difusión de una determinada imagen del País Vasco y de los diversos territorios peninsulares.

El marqués (Astolphe) de Custine escribía, en *L'Espagne sous Ferdinand VII*, que era preciso viajar para saber en qué medida influyen sobre la opinión las consideraciones acerca de los diferentes pueblos que hacen los viajeros, muchas veces frívolas en sus juicios «por pereza de espíritu». Y, en otra misiva de 1831, señalaba que la curiosidad triunfa sobre todo lo demás; «es el deber primordial de todo viajero».

Dejando a un lado los autores menos enjundiosos, que apenas si aportan vagas referencias u observaciones novedosas, nos salen al encuentro relatos de: J. Taylor (1826), sir Arthur de Capell Brooke, Henry D. Inglis (1830), T. Roscoe (1837), K. Dembowski, Martin Haverty, V. P. Botkin, T. Clifton Paris (1842), S. E. Widdrington (1843), Émile Begin (1850), etc. Son universalmente conocidos. Euskal Herria, que todavía no se ha incorporado a la revolución industrial y que muestra las heridas aún no cicatrizadas que ha dejado la carlista con su secuela de violencia y destrucción, produce a estos visitantes la impresión de un mundo en estado casi natural.

De la primera guerra carlista nos dejan su testimonio: J. F. Bacon, A. Slidell, G. von Rosen, Frederick Hardman, J. A. Chaho, C. F. Henningsen (*The most striking events of Twelvemonth's Campaign with Zumalacarreui, in Navarre and The Basque Provinces*), F. Lichnowsky, R. Ford, E. Vaerst, W. Von Rahden, etc³. A partir de 1840 los viajeros propiamente dichos vuelven a recorrer Vasconia, si bien durante mucho tiempo, continuaran matizando el relato de sus visitas con las inevitables vibraciones bélicas.

Víctor Hugo realiza un elogio los viajes *en pequeñas jornadas, sin fatiga, sin equipaje...* Hace hincapié en que no son las aventuras lo que busca, *sino las ideas y sensaciones*; y para esto basta la novedad de las cosas. Por lo demás, se conformaba con poco. *Con tal de que tenga árboles, hierba, aire, camino ante mí y camino a mis espaldas eso es más que suficiente. Si el terreno es llano, me gustan los amplios horizontes. Si el terreno es montañoso, me gustan los paisajes inesperados, y desde lo alto de cada loma hay uno*⁴.

Cabe advertir, respecto al alcance y vigor del estereotipo romántico, que éste se movió generalmente buscando efectos de gruesa pincelada y, por lo tanto, salvo escasas excepciones, produjo una literatura, si bien de excelente calidad en ocasiones, miope o daltónica

3. J. A. Chaho: “Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos (1830-1835)”. *RIEV*, t. XX; R. Ford: *Los españoles y la guerra. Análisis histórico sobre la Primera Guerra Carlista y acerca del invariable carácter de las guerras de España*. Ediciones Tayo. Madrid, 1990; F. Lichnowski. *Recuerdos de la Guerra Carlista, 1837-1839*. Prólogo, traducción y notas de J. M. Azcona. Espasa-Calpe. Madrid, 1942; W. von Rahden: *Andanzas de un veterano de la guerra de España (1833-1840)*. Prólogo, traducción y notas de J. M. Azcona. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1965.

4. *El Rin*. Introducción y traducción de Roberto Mansberger. Laertes. Barcelona, 1995.

para los pequeños detalles⁵. ¿Qué se quiere si a un viajero como Antoine de Latour, en 1848, el puerto guipuzcoano de Pasaia le recuerda Constantinopla?. Sin embargo, no puede decirse que el romanticismo no dejara ya trazada una determinada ruta de paisajes pintorescos de la naturaleza vasca y sin necesidad de precipitarse en un achaque de orientalismo agudo como el citado, o como en el caso de los “exóticos” paradores vitorianos de Edouard Magnien y T. Roscoe.

d) Libros editados con posteridad a 1850. Las diferencias entre el lugar de procedencia del viajero y el País Vasco son paulatinamente menos significativas hasta hacerse casi imperceptibles. Con la llegada del ferrocarril –ese «monstruo de cien ruedas»– y la desaparición de la inseguridad en los caminos, el “turista” acaba perdiendo cierto componente de aventura que hubiera podido tener para los trotamundos de etapas precedentes. Con buenos ejemplos en M. Willkomm (1850), George A. Hoskins, J. E. M. Cenac Moncaut (1857), Charles Daviller (1862), M. Eugène Poitou (1866), C. H. Ramsay, Henry M. Field, Frederick Ober (1888), y Arthur Lasenby Liberty (*Springtime in the Basque Mountains*).

Hippolite A. Taine confiesa con sutil ironía que se reconoce culpable de errores que le humillaban: *No he sido el primero en escalar una montaña inaccesible; no me he quebrado ni brazos ni piernas; tampoco he sido devorado por osos; no he salvado a ninguna joven inglesa arrastrada por la corriente...; no he presenciado duelos; no he asistido a tragedias de salteadores o contrabandistas*⁶.

IV. UN LINGÜISTA ALEMAN

Uno de los extranjeros que a fines del siglo XVIII y principios de la siguiente centuria visita Euskal Herria y deja constancia de sus impresiones es el lingüista alemán KARL WILHELM VON HUMBOLDT (Berlín, 1767-1835). Recorrió el país en dos ocasiones: de octubre de 1799 a abril de 1800 y durante el mes de mayo de 1801. Sus impresiones son las más interesantes y completas de su tiempo sobre Vasconia toda.

En S. Juan de Luz dio un paseo por el puerto, se sentó en el estropeado muelle junto a dos pescadores, cuyo pobre botín y los fuertes miembros, que brillaban desnudos, entre andrajos que los cubrían, le recordaron vivamente a los pescadores de Teócrito, y gozó infinitamente con el espectáculo del mar agitado por la tormenta. Más adelante escribe: *Los vascos-franceses habitan por el contrario tres pequeños e insignificantes distritos, no tienen absolutamente unión política alguna nacional entre si y se pierden en la masa de la nación, a la que fueron asignados, sin poder alcanzar una consideración especial como no sea por su idioma, sus costumbres y su apasionado amor a su país*⁷.

Comenta que al camino de Baiona a S. Juan de Luz *le faltan árboles y sombra*. Fuera de esto sería *tan agradable como pintoresco* por la vista de los Pirineos y del mar, y las

5. Para este período las obras de J. del Burgo (*Bibliografía del siglo XIX. La aventura hispánica de los viajeros extranjeros y Viajeros románticos*); L. F. Hoffmann (*Romantique Espagne*), Ian Robertson (*Los curiosos impertinentes*) e Iribarren (*Vitoria y los viajeros... y Pamplona y los viajeros de otros siglos*) resultan especialmente recomendables. También debemos citar a J. Berrueto (*Viajeros Románticos en San Sebastián.*) y Rosa M. Sillaurén y José M. Santamaría (*Viajeros ingleses del siglo XIX*).

6. *Viaje a los Pirineos*. Traducción de G. Bleiberg. Colección Austral. Espasa-Calpe. 2ª edición. Madrid, 1963.

7. *Cuatro ensayos sobre España y América -Vascónica-*. Versiones y estudios por Miguel de Unamuno y Justo Gárate. Espasa-Calpe, Austral. Buenos Aires, 1951, 2ª edición, pp. 23-51.

casas de Bidart y Getari *encantadoramente dispersas sobre pequeñas alturas, todas rodeadas de sus huertos y heredades*. Los habitantes de Bidart *comercian y trajinan de continuo en pormenor entre San Sebastián y Baiona*. Se servían para esto de caballos muy pequeños, pero lozanos y fuertes. *No obstante, todo este negocio queda para las mujeres y muchachas, pues los hombres se ocupan en la navegación y la pesca*.

Humboldt se refiere a la hermosura y seguridad del puerto de Pasaia, cuya entrada era extraordinariamente estrecha. En la entrada más externa estaba el fuerte de Santa Isabel y en la interna el de San Sebastián. *Al final del brazo de mar, amenazado por ambos lados por terribles paredes de peñas, se ensancha en tranquila y apacible ensenada. La dársena está en el poblado, de allí vuelve la marea a la izquierda y se extiende hacia San Sebastián en un lago al que rodean viñedos y huertas*.

Las casas estaban edificadas alrededor del puerto. Detrás de éstas ascienden inmediatamente *paredes peñascosas escarpadas*. Avanzada la tarde se hizo pasar en barca hacia Donostia. Señala que eran muchachas las que cercan al forastero, *no bien se acerca el agua, y porfían unas con otras en incomprensible vascuence por el honor de pasarle al otro lado*. Ya en la orilla fue recibido por una multitud de críos, la mayoría niñas, con panderetas, que les acompañaron, *jugando y danzando, con atroz griterío, hasta dentro de la ciudad*.

Visitó el castillo para gozar desde la altura de la vista del mar. El comercio de San Sebastián era *aún más insignificante que el de las otras ciudades marítimas españolas*. Las calles le parecieron angostas pero las casas altas y en zonas edificadas con suntuosidad. Observó gran cantidad de balcones, la figura regular de la plaza del mercado, la casa consistorial con abundantes adornos... y cómo desde la altura se veía el interior de la población.

Orio le dio la impresión de ser un pueblo *mal edificado e insignificante*, de unas cien familias. Sobre las puertas de muchas casas observó varios escudos de armas: *nidos de águilas, leones, hombres salvajes, tallados en piedra*. Zarautz es una localidad pequeña, habitada por sólo 1.500 almas, *pero que tiene una gran iglesia parroquial y una nueva casa consistorial con un alto portal de columnas*. Humboldt, hermano primogénito del conspicuo geógrafo Alexander, también describe las localidades de Zumaia, Deba, Mutriku...

De regreso a Baiona, por Lekeitio, Hernani, Oiartzun e Irun, comenta que Azkoitia y Azpeitia *son la imagen más viviente del bienestar bascongado... cada una de las dos tiene su gran iglesia parroquial edificada con lujo y al estilo de las casas, la pulcritud en las calles, los paseos bonitamente dispuestos, todo testifica los abundantes medios de subsistencia de sus moradores*. No obstante señala que no eran más que *pequeñas villas de labriegos, aunque ciertamente en la parte más fértil de Guipúzcoa*.

En Azpeitia tomó un sendero, de ordinario sólo frecuentado por *contrabandistas y campesinos*, en dirección a Asteasu. Un camino por lo alto de la montaña en el más espeso bosque, atravesando con estrépito por magníficos torrentes montaraces. Encontró algunas casas nuevas. *La más alta es la de Iturriotz, detrás de la cual se divisa toda la comarca hasta la desembocadura del Orio, San Sebastián y la mar*. Junto a Billabona alcanzó el camino de Madrid, *del cual indiscutiblemente es la parte más encantadora la de Hernani y Oyarzun*.

También dedica unas curiosas líneas a la Aduana de Vitoria. Desgraciadamente, los aduaneros vieron libros en su baúl y revisaron hasta el fondo, *pues de lo contrario sólo hubieran visto desde arriba, como hacen con los demás*. Sin embargo fueron tan ignorantes, que tuvieron entre manos el 'Emilio' de [J. J.] Rousseau y lo dejaron pasar. La ciudad, le causó una grata impresión: *es muy bonita, bien construida y agradable*. A pesar de que no era muy grande, *había mucha vida en la misma, y parece que mantiene un activo comercio*.

Humboldt vuelve a la capital alavesa (esta vez sin familia), y anota que era una población *florecente por el comercio y actividad industrial. Por todas partes se observa vida y bienestar*. Y en la carta que dirige a Carolina, su mujer, le comenta: *Aquí me ha recibido con la mayor cordialidad el viejo [Diego Lorenzo] Prestamero, del que seguramente te acordarás [en su primer viaje les había servido de cicerone y mostrando diversas obras suyas manuscritas]; me condujo en seguida a casa de un amigo, que me ofreció confituras y chocolate*.

Anhelaba dejar Vitoria, que ya conocía, y sumergirse otra vez en los solitarios valles de Vizcaya. Hasta Otxandio, el paisaje le pareció llano e insignificante. Pero desde allí empezaba a volverse *más abundante en bosques y montañoso, y en S. Antonio de Urkiola aparece romántico en el más sumo grado. Una oscura muralla de peñas se atraviesa delante del camino de Levante a poniente. Pero separadas en tres magníficas masas (Amboto, Unzilla y Santa Lucía), se precipitan entre ellas estrechos valles hacia el lado del mar...*

En Durango visitó el mercado, y allí encontró reunidos a los lugareños, que habían acudido al mismo. Su indumentaria le llama la atención, y contrasta ventajosamente con los trajes *más castellanos* de las villas. Señala que el vizcaíno utilizaba una indumentaria completamente peculiar. *En vez de zapatos lleva suelas de cuero de todo, que sólo tienen un pequeño borde arqueado y si atan con cuerdas, las abarcan de que ya se hace mención en los más antiguos tiempos. Son más cómodas para trepar en la montaña que los zapatos... Calcetas sólo se usan entre los campesinos de Vizcaya desde hace poco tiempo y en su mayor parte por mujeres. Los hombres arrollan paños de lana, de ordinario provistos con estrechas cintas negras, alrededor de las piernas, que se sujetan con los bramantes de la Abarca. El color de los calzones es en su mayoría negro, y el chaleco rojo. Alrededor del chaleco se lleva una faja. El lugar de la manta o casaca lo sustituye la Longarina, una amplia chaqueta con largos faldones y mangas. Quien la lleva todavía a la antigua usanza tiene las mangas sujetas a la chaqueta sólo con cintas o botones, para soltarlas, si es necesario, y poder echarlas atrás por lo alto, y así estar más libre en el trabajo. La Longarina es de ordinario de color pardo oscuro o negro. Cubre la cabeza una gorra negra, puntiaguda, a manera de casco, con un ala triangular de terciopelo negro. En la mano tiene un largo palo, muchas veces también bajo la chaqueta una porra corta, más gruesa hacia abajo, llamada Cachiporra, para ellos especie de puñal...*

Con esta indumentaria se les veía después de la misa en los mercados de la villa, donde se celebraban verdaderas *pequeñas asambleas populares, pues los montañeses, para no perder nada de tiempo en la semana, cuidan de sus pequeñas compras el domingo, están de todas las edades, ya aislados y quietos con el palo puesto bajo los hombros y las piernas cruzadas, ya en grupos en animada conversación, la mayoría en posturas y ademanes pintorescos, pues los movimientos naturales de un pueblo de carácter libre y cuerpo perfecto ya son siempre por sí mismos propicios al arte*.

Estando en Durango no dejó de visitar la plaza, donde se reunían sus gentes. *El baile lleva consigo todavía en el País Vascongado completamente el carácter de una diversión popular. Se baila públicamente en la plaza, sin distinción de clase, todos los domingos y días de fiesta, a costa del municipio y bajo la vigilancia pública, y los diferentes lugares se distinguen tanto por diferentes danzas, que sólo pertenecen a éste o aquél exclusivamente... El tamborilero toca la flauta y el tamboril al mismo tiempo. La flauta que viene de la boca hacia abajo recta, maneja con la mano izquierda; con la derecha bate el tamboril con un palillo. Es mantenido y asalariado por el municipio...*

Los adultos se entretenían jugando a la pelota, *pues este juego tiene para los bascongados un atractivo que prevalece sobre todo, y tuvieron que esperar largo rato las mucha-*

chas reunidas en la plaza y ya impacientes, antes de que aparecieran los bailarines. El alemán aprovecha para comentar diversas danzas y bailes que harán las delicias de etnógrafos y musicólogos.

Si bien la capital vizcaína era *con mucho la ciudad más importante y floreciente, en muchos aspectos también la más encantadora del país*, el viajero, apenas se detiene a describirla. *En punto a limpieza y hermosura del empedrado sólo se puede comparar en España Cádiz con Bilbao. La disposición para proveer constantemente de buen agua a la ciudad merece notarse en particular...* Se hace eco de dos establecimientos: La Casa de Misericordia y el Hospital. Otros edificios públicos eran el matadero, *que puede considerarse en realidad como modelo de edificios de esta clase, tanto para conservación de la limpieza, como para apartar todos los peligros posibles*; el almacén de granos en el antiguo teatro; la Casa Consistorial y el Consulado, el teatro recién construido, que daba cabida a cerca de mil personas y la fábrica de harinas.

En una anteiglesia situada junto a Bilbao vio una romería o fiesta de aldea, que antes no había tenido ocasión de disfrutar. *La plaza de baile era delante de la Casa Consistorial, que estaba enfrente de la iglesia. En un ángulo de la misma estaba sentado en un canapé de terciopelo rojo adornado con el escudo de armas bordado en plata el Fiel [regidor] del lugar con una larga vara, con que él mismo apartaba a los muchachos que se empujaban hacia adelante. Ante él había dos picas clavadas en tierra y de las ventanas de la iglesia colgaban dos banderas en rojo y blanco. Una increíble cantidad de personas había acudido en masa de Bilbao y el espectáculo más agradable era divisar éstas bajo los umbrosos árboles, en los más diversos grupos, en parte echados, en parte circulando, en parte bailando. Refrescos, figones de todas clases; nada faltaba... Mujeres y hombres andaban en su mayoría separados, las mujeres casi todas en basquiña y mantilla, y las del pueblo con sus trenzas nada menos que encantadoras, enormemente gruesas negras, que en muchas llegaban por las caderas de abajo. El baile era como de ordinario; pero el regocijo general y retozón.*

En su recorrido de Ustariz hacia Itzatzu comenta: *El país vasco francés no es ni hermoso, ni pintoresco, a no ser metiéndose en los montes. Más bien tiene en su mayor parte un aspecto yermo y desierto. Sin embargo señala que sus heredades y huertas estaban cultivadas con el peculiar cuidado y esmero de este pueblo, pero en general sus habitantes se beneficiaban más de la ganadería que de la labranza...* Los lugareños son *más dados a la diversión* que los vascos peninsulares.

Hace referencia a las *Pastorales* suleitinas. También comenta que la agricultura del lugar se distingue por *el esmero y el orden*. Los maizales elegantemente plantados *igualaban a cuadros de jardín, y por eso la vista de la llanura ricamente cultivada es, desde la ciudadela de Mauleon, sobre manera encantadora. En el puente de la ciudad hay un hermoso salto de agua.*

Oculto entre montañas –escribe– habita las dos laderas de los Pirineos occidentales un pueblo, que ha conservado por una larga serie de siglos su primitiva lengua y, en gran parte también, su antiguo régimen y costumbres. Humboldt confiesa que, en 1801, pasó dos meses felices. Su principal designio en este segundo viaje era profundizar en la lengua vasca, así como en la historia y costumbres de Euskal Herria⁸. Nos ha legado uno de los testimonios más enjundiosos y precisos de su época.

8. Los vascos. Traducción de Telésforo de Aranzadi. Ediciones Vascas. Bilbao, 1979; J. Gárate. "Juicios de Wilhelm von Humboldt sobre el carácter español y los ilustrados de 1800". *Asclepio*, XVII, 1965, pp. 273-278). Á. Martínez Salazar. Aquellos ojos extraños. Euskal Herria en los libros de viaje. Papeles de Zabalandia. Vitoria-Gasteiz, 1995, pp. 91-97.

V. ALGUNOS VIAJEROS Y BIBLIOGRAFIA

Siglo XVIII

- Joseph BARETTI
+ *A Journey from London to Genoa through England, Portugal, Spain and France*. T. Davies, Londres, 1770.
– Segundo viaje en 1769: Baiona - Maia - Pamplona - Tafalla - Caparros - Cintruénigo - Madrid - Burgos - Orduña - Bilbao - San Sebastián - Baiona.
- William BOWLES
+ *Introducción a la Historia Natural, y a la Geografía Física de España, por...* Imprenta Real. Madrid, 1782, 576 pp..
- Henry SWINBURNE
+ *Travels through Spain, in the Years 1775 and 1776. In which several Monuments of Roman and Moorish Architecture are illustrated by accurate drawings taken on the spot*. Londres, 1779, 427 pp.
– La parte vasca del viaje fue publicada en el tomo primero de *Euskalerriaren Alde* (1911), pp. 70-73. 1776: Gerona - Barcelona - Valencia - Murcia - Cádiz - Madrid - Valladolid - Burgos - Vitoria - Bergara - Tolosa - Irún...
- Jean François PEYRON
+ *Nouveau Voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778*. París, 1782.
– 1778: Figueras - Barcelona - Madrid - Burgos - Irún.
- John Talbot DILLON
+ *Travels through Spain, with a View to Illustrate the Natural History and Physical Geography of That Kingdom, In a Series of Letters*. Londres, 1780, 459 pp.
– Combina prestaciones del irlandés William Bowles y de Antonio Ponz para su narración, que comprende noticias sobre la naturaleza y las minas. Pamplona - Madrid - Burgos - Toledo - Bilbao - Mérida...
- Friedrich Gotthelf BAUMGÄRTNER
+ *Reise durch einen Theil Spaniens nebst der Geschichte des Grafen von S. Leipzig*, 1793.
– 1787.
- Alexander JARDINE
+ *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, &c. By An English Officer*. Londres, 1788, 2 vols., 496 y 528 pp.
– (Ver vol. II). Fuenterrabía - San Sebastián - Bergara - Bilbao - Santander...
- Heinrich Friedrich LINK (Hildesheim, 1767-Berlin, 1850)
+ *Bemerkungen auf einer Reise durch Frankreich, Spanien und vorzüglich Portugal*. Kiel, 1801.
– 1797: Irún - Burgos - Badajoz.
- Christian August FISCHER
+ *Reise von Amsterdam über Madrid und Cadix nach Genua in den Jahren 1797 und 1798*. 1799.
– 1797: Baiona - travesía por mar a Getaria y Bilbao. Orduña - Burgos...

Siglo XIX

- Alexandre L. J. de LABORDE
+ *Itinéraire descriptif de l'Espagne*. 1809.
+ *Voyage pittoresque et historique en Espagne*. 1818.
- Marie-Sebastien BLAZE
+ *Mémoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne, pendant les années 1808 à 1814*.
Paris, 1828, 2 vols., 447 y 400 pp.
– Vol I: Irún, Tolosa, Mondragón, Vitoria, Miranda de Ebro...
- Stanislaus von BROEKERE
+ *Memoiren aus dem Felozuge in Spanien (1808-1814) von...* Posen, 1883, XVI + 227 pp.
8º.
- Andrew Thomas BLAYNEY
+ *Narrative of a forced Journey through Spain and France*. Londres, 1814.
- John T. JONES
+ *Journal of the Sieges undertaken by the Allies in Spain, in the Years 1811 and 1812, with Notes*. Londres, 1914, 371 pp.
- John MILFORD jr.
+ *Peninsular Sketches during a recent tour*. Londres, 1816.
- Edward Hawke LOCKER
+ *Views in Spain*. Londres, 1824.
- Joseph Moyle SHERER
+ *Recollections of the Peninsula*. Londres, 1823.
– 1813. Lisboa - Madrid - Salamanca - Vitoria - Pamplona. Relato de observaciones durante la Guerra de la Independencia, además de temas bélicos, describe ciudades, tipos y costumbres.
- George BELL
– *Rough Notes by an Old Soldier, during fifty year's Service, from Ensign G. B. Major-General*. Londres, 1867. 2 vols, 367 y 382 pp.
– (Ver vol. I. donde narra sus experiencias durante la guerra de la Independencia: Vitoria, Pamplona...)
- Giuseppe PECCIO
– *Sei mesi in Ispagna nel 1821*.
– (De mayo a noviembre de 1821). Irún - Briviesca - Burgos - Madrid.
- John BRAMSEN
+ *Remarks on the North of Spain*.
– Ver Revista Internacional de Estudios Vascos, 1923. 1822
- Michael J. QUIN
+ *A Visit to Spain detailing the Transactions which occurred during a Residence in that Country, in the latter part of 1822, and the first four months of 1823. With General Notices of the Manners, Customs, Costume, and Music of the Country*. Londres, 1823. IV, 359 pp.
– (Noviembre 1822) Irún - Tolosa - Villarreal - Vitoria - Miranda de Ebro - Madrid - Sevilla - Cádiz. Regresó por el mismo camino.

- Adolphe BLANQUI
+ *Voyage a Madrid (aout et septembre 1826)*. París, 1826, in-4, VIII + 244 pp.
- Arthur de Capell BROOKE
+ *Sketches in Spain and Marocco*. Londres, 1831, 2 vols, VII + 432 pp y VIII + 408 pp.
– Comienzos de 1828. País Vasco vol. I.
- Samuel Edward COOK (luego Widdington)
+ *Sketches in Spain during The Years 1829, 30, 31, & 32; containing notices of some districts very little known; of the Manners of the People, Government, Recent Changes, Commerce, Fine Arts, and Natural history*. Londres, 1834. 2 vols, 344 pp. y 336 pp.
– 1829-32. - Bilbao - Zaragoza - Pamplona - Vitoria - Bilbao - San Sebastián - Sevilla - Barcelona - Gerona.
- Henry David INGLIS
+ *Spain in 1830*. Londres, 1831. 2 vols, X + 400 y XII + 402 pp.
– (Ver vol. I) Vitoria - Bilbao - Burgos - Madrid - Cádiz - Granada - Barcelona.
- John Francis BACON
– *Six Years in Biscay, comprising A Personal Narrative of the Sieges of Bilbao in June 1835 and October to December 1836, and of the principal events which occurred in that City and the Basque Provinces during the years 1830 to 1837*. Londres, 1838. 4to mayor, VIII-478 pp.
- Henry WILKINSON
+ *Sketches of Scenery in the Basque Provinces of Spain*. Londres, 1838.
- Alexander SLIDELL «Mackenzie»
+ *A year in Spain*. Londres, 1831, 2 vols. in 8, XII -413 y VIII - 377 pp.
+ *Spain Revisited By the author of 'A Year in Spain'*. Londres, 1834, 2 vols. 331 y 344 pp.
– Pamplona - Tudela - Zaragoza - Madrid - Burgos - Vitoria - Guipúzcoa - Irún.
- Astolphe de CUSTINE
+ *L'Espagne sous Ferdinand VII, par le Marquis de Custine*. 1838.
– Colección de cartas escritas durante una estancia de cuatro meses en España (1831). Tolosa - Burgos - Madrid...
- Carlos DEMBOWSKI
+ *Dos años en España y Portugal durante la Guerra Civil 1838-1840*. Vol. II. Espasa Calpe. Madrid, 1932.
- Teófilo GAUTIER
+ *Viaje por España*. Vol. I. Espasa-Calpe. Madrid, 1932.
- Émile BEGIN
+ *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*. París, 1852.